

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 150 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 8 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 680.

LAS RUINAS DE MI CONVENTO.

MI CLAUSTRO.

Octava edición española ilustrada con gran número de grabados.

Se vende en las principales librerías y en esta Administración.

Crónica diaria.

Consejo de guerra.

El lunes próximo, a las once y media de la mañana, en el cuarto de banderas de la comandancia de artillería de esta plaza se constituirá el Consejo de guerra ordinario de plaza que ha de ver y fallar la causa instruida por el comandante de infantería don José Moya Litrán, juez permanente de esta Capitanía general, contra el concejal del Ayuntamiento de esta ciudad don Ramón Font Garriga, procesado por los sucesos ocurridos en Horta durante la semana trágica.

Según noticias, el señor Font, después de los citados sucesos, en los cuales se supone tomó parte, consiguió sustraerse a la acción de las autoridades ausentándose de esta capital, por cuyo motivo se le declaró en rebeldía, regresando a la misma a raíz de la publicación del real decreto de indulto, y como, al parecer, no hizo las gestiones necesarias para acogerse a sus beneficios, se abrió nuevamente el proceso.

El Consejo será presidido por el teniente coronel de la citada comandancia don Juan Ximénez García, actuando como vocales los capitanes don Luis de Miquel, don Luis Desvallés, don Ricardo Geasch, don Diodoro Ordinas, don Antonio Azpiazu y don Sebastián Iradier, y como suplentes los de igual empleo don José Sevil y don Pablo Freixas.

Desempeñar en las funciones fiscales el capitán del regimiento infantería de Vergara don Adolfo Conde; defenderá al acusado el capitán de la zona de reclutamiento de esta capital don Guillermo Cavestany y actuará como asesor el teniente auditor de segunda don Manuel Antolín.

Gacetas.

Por el Juzgado del Hospital, secretaria de don Miguel Aracil, se instruyen diligencias en méritos del descubrimiento de una fábrica de vino artificial, nocivo para la salud. Han sido detenidos por esta causa cinco individuos, a los que tomó declaración ayer, por la tarde, el juez señor Sainz de Baranda.

Ayer tarde, a última hora, sufrió un accidente el guarda de Consumos Juan Baranca, de 61 años, que prestaba servicio en el paso a nivel de la calle de Marina. Se le condujo a la Casa de Socorro de la ronda de San Pedro, donde falleció.

En la calle del Mediodía un individuo llamado Domingo Pérez, apaleó anoche a Emilio Castro Armengol, de 55 años, fracturándole una falange de la mano izquierda. El agresor huyó y el herido fue curado en la Casa de Socorro de la calle de Barbant.

A propuesta del concejal instructor del expediente incoado contra uno de los empleados de la recaudación de cédulas personales, la Alcaldía invita a cuantas personas tengan que formular alguna queja o reclamación sobre los referidos empleados, para que se presenten al aludido concejal, en las Casas Consistoriales de cinco a seis de la tarde, los días 23 y 24 del actual.

Durante las horas en que estuvo de guardia el Juzgado de Atarazanas, secretaría del señor Farruell, instruyó diez diligencias de oficio habiendo ingresado en los calabozos del Palacio de Justicia en calidad de detenidos dos sujetos.

El Juzgado de la Barceloneta ha ordenado la excarcelación del carretero Juan Tussi Carreras, que, con el carro que guiaba, atropelló a una anciana, causándole la muerte, por resultar de las actuaciones practicadas que no fué el carretero culpable del accidente.

Han solicitado la libertad provisional los detenidos a consecuencia de los sucesos ocurridos desde que se declaró la huelga en la casa Archs, Aguilar, Pla y Comañá y que se consideran relacionados con aquella.

En virtud del ruego de los presidentes de las cuatro Diputaciones catalanas a la representación parlamentaria de la región para asistir a la votación definitiva del proyecto de autonomías, marcharon en el día de ayer a la noche a Madrid, además de los que en nuestra primera edición de hoy mencionamos, los diputados a Cortes señores Dasca, Julieta, Bargañell, Carner, Corominas (Pedro), Albert y Godó, y los senadores señores Girona.

El señor Corominas probablemente regresará mañana mismo.

En el Hospital militar falleció el individuo herido en los alrededores del castillo de Montjuich al insultar al centinela que le dio orden repetidas veces de retirarse de un lugar cuyo acceso está prohibido.

Ayer se le hizo la autopsia.

Parece tener unos veinte años.

Ha regresado a la corte el subdirector de la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante, señor Coderch, que vino a Barcelona con motivo de la huelga ferroviaria.

En Manresa continúan en igual estado las huelgas de los peones ocupados en la carga del tranvía y de los obreros del taller de latonería del señor Avellanet.

Conferencias y reuniones.

Se convoca a los carpinteros a la reunión general extraordinaria que se celebrará hoy, a las nueve de la noche, en el local social, Tapinería, 33, principal, 2.^o

En los últimos días del corriente mes o en los primeros del próximo Noviembre tendrá lugar la primera de las conferencias dominicales que en el próximo curso se propone dar el Ateneo Enciclopédico Popular. Luis Morote será el debutante en el ciclo que se propone celebrar la benemérita entidad popular. Le seguirá don Baldomero Argente, a últimos de Noviembre, con su "Henry George y el problema social", y don Luis Zulueta, que disertará para Navidad.

De Eugenio de Ors se gestiona una conferencia.

La Asociación Musical de Barcelona tiene en estudio para el primer concierto de la temporada, que dará en breve, un Quinteto de Beethoven y otro de Mozart (primera audición) para piano, oboe, clarinete, fagote y trompa, y la primera audición de la Sonata de Brahms, para piano y clarinete.

El jugador.

Un día de preguntaban a Leoncio Avrillon cuál había sido su más fuerte emoción durante su vida de jugador.

Sin pensarlo mucho, así tal como hubiera se podido entreacararlo de sus mil recuerdos sensacionales, respondió:

—Fue en Schanbaden, hará algo más de diez años. La estación, que me había sido particularmente nefasta, tocaba a su fin. Con la cartera guardada de veinticuatro billetes de mil marcos, último vestigio de mi esplendor festivo, me había instalado en la mesa de bacarat, como a las cuatro de la tarde. A las dos de la madrugada aun estaba allí, pero los veinticuatro mil francos ya no existían en mi cartera.

Abri la bolsa, que apenas contenía unas tres o cuatro coronas. Resolví perderlas de un golpe, para terminar; pero la astuta suerte quiso una cosa muy diferente, y tuve cerca de una hora con alternativas de ganancias y pérdidas de muy lamentables insignificancias.

Me quedaban exactamente dos piezas de s marcos. Me levanté sin ruido y salté después de haber dejado en el tapete la mitad de mi fortuna.

Sin desear de llegar a mi habitación en busca de un sueño más que problemático, me dirigí con vacilante paso hacia los jardines del casino.

Había luna llena. Protegida por las dentadas pantallas de las altas cimas del Harz, la noche se bañaba púdicamente en el lago, con todas sus estrellas. Nunca espectáculo tan maravilloso de la Naturaleza me había dejado más indiferente!

jamás me había encontrado en situación tan crítica. Habiendo hecho últimamente un llamamiento a todos mis amigos, después de todo a mis deudores, y finalmente a todos mis acreedores, no podía contar en aquellos momentos con la menor suma de dinero. Y por lo pronto ¿cómo obtener mi nota de pago en el hotel?

- ¿Cómo dejarlo?
- ¿Cómo quedarme en Schanbaden?
- ¿Cómo partir?

Habría sido una vana esperanza el pensar que en la estación me proporcionarían una que fuera un billete de tercera clase a crédito. Ahora bien, el camino de hierro era el único medio de repatriamiento posible, pues había perdido hasta mi cronómetro y mis joyas menudas.

Para cortar por lo sano y acabar aquel

examen doloroso y sin salida posible, me puse a repasar en mi memoria las fases de la partida, y hacer—según una costumbre inveterada, tanto después de la victoria como después de la derrota—la crítica de las operaciones.

De súbito, registrando maquinalmente en mi bolsillo, descubrí en él un pedazo de papel, cuyo sólo contacto me dió un escalofrío, pues reconocí, a la claridad lunar, que era un billete de a cien marcos.

No, yo no he conocido nunca, en mi vida de jugador, emoción comparable a la que experimenté en aquel instante.

Inmediatamente pensé que con aquellos providenciales cien marcos iba a recuperar enseguida mis pérdidas de la noche, del día y toda la estación. Estaba segurísimo de ello; lo hubiera jurado. ¡Qué digo! Lo hubiera apostado. Era algo más que una certeza: era una revelación. Sólo un jugador empedernido puede discernir y apreciar estas advertencias del destino.

Sobí inmediatamente hacia el salón de bacarat.

La puerta estaba cerrada.

Le observé al portero que todavía había bastante gente y que la partida continuaba. El esturo de acuerdo conmigo en lo primero, mas me observó que pasada la una de la mañana, el acceso a las salas de juego estaba prohibido formalmente.

Yo ignoraba este reglamento porque jamás había llegado al Círculo tan tarde, y jamás había salido tan temprano. Insistí y el portero me repitió su consigna. Le supliqué a aquel hombre; traté de interesarle ofreciéndole hacer su fortuna con la mitad de mis ganancias, que las creía muy ciertas; no quiso oírme. Tuve que dar media vuelta al salir. Comprendí que todo estaba perdido. Nunca una casualidad me separaría otra ocasión. ¿Qué de desquitarme un minuto tan decisivo y cierto. Un secreto instituto me decía que mañana sería tarde.

Estaba en tal grado de desesperación que me hubiese sido imposible entrar en casa. Me puse a caminar por los jardines, con los ojos obstinadamente fijos en las ventanaradiosas de luz del salón, y arrugando nerviosamente, en el bolsillo, mi billete que aparentemente me había deparado el azar por una irrisión suprema, cuando advertí a la altura del primer piso un postigo entreabiertito. Escalé el muro con una agilidad de que

yo mismo no me di cuenta, ni de que tuve tiempo para asombrarme. Me encontré en un estrecho reducto, ignorado de mí hasta aquel día y en donde tres empleados del Casino se esforzaban vanamente en reanimar a un señor viejo, que, a pesar de la horrible herida que tenía en la sien, le reconocí por uno de mis compañeros de infortunio.

Sin dejarme impresionar por lo imprevisto de aquella escena, que cinco minutos antes me hubiera impresionado dolorosamente, dirigí una sonrisa a los empleados, estupefactos con mi brusca aparición, y me precipité hacia el salón de Baccarat.

Ni mi corta ausencia ni la desaparición del viejo habían sido notadas, y la partida continuaba calmosa y severa entre aquellos puntos escogidos.

Al acercarme a la mesa tuve más clara que nunca la visión de una rápida ganancia, continua, colosal, y, sin pensarlo, puse mi billetero en el cuadro de la izquierda.

Hizo nueve.

Dejó la puesta, pues estaba seguro y no me inclinó siquiera a mirar las cartas.

Por segunda vez hizo nueve.

Siempre con la misma tranquilidad dejé los cuatrocientos marcos.

Entonces los perdí.

Entré en el hotel.

Cosa extraña, apenas creíble, experimenté un inmenso alivio. El golpe fué tan rudo que instantáneamente me había curado de mi pasión por el juego.

No estaba ni furioso ni desalentado. Nada de eso. Sentía simplemente que el juego ya no me interesaba, como otras veces. Todo había terminado, y yo estaba libre de aquella pasión.

En efecto, a partir de aquella noche fatal, cesé completamente de jugar, y habiendo obtenido de mi hostelero un crédito suficiente para terminar mi curación, me consagré únicamente a cuidar mi salud, a la tertulia y a los paseos, hasta el día en que una entrada imprevista me permitió volver al círculo y emprender de nuevo mi existencia normal con sus caras vicisitudes.

Alfredo Arnis.

Los ferrocarriles del mundo.

En la estadística de 1910, compilada por una revista alemana, se dan a conocer las millas de vías férreas que tienen los países anotadas a continuación:

Europa, 207,488 millas.

Asia, 63,341 ídem.

Africa, 22,905 ídem.

Norte América, 283,511 ídem.

Sur América, 45,638 ídem.

Australasia, 19,275 ídem.

Que hacen un total de 293,734 millas entre

Europa, Asia y Africa, y 346,424 millas entre el continente americano y la Australasia, haciendo en junto un total de 640,158 millas.

Esta cifra representa 14,460 millas más que el año anterior, de las cuales 6,221 millas pertenecen a Europa y 8,239 al Nuevo Continente.

En el último decenio hubo un aumento de 149,692 millas, correspondiendo un 50 por 100 al Viejo Mundo y más de un 40, por 100 al Nuevo.

El desarrollo de los ferrocarriles podrá verse en la siguiente tabla de las millas que se han construido cada diez años, empezando con el 1840, y en este año no había en todo el mundo sino unas 4,772 millas.

Años 1840-50.	19,363 millas.
" 50-60.	43,158 "
" 60-70.	63,341 "
" 70-80.	101,081 "
" 80-90.	152,179 "
" 90-1900.	107,421 "
" 1900-10.	149,092 "

De aquí se ve que de las 640,000 millas que había en 1910 como las dos terceras partes fueron construidas en los últimos treinta años.

Essa misma revista contiene una tabla del número de millas de los ferrocarriles que pertenecen al Estado y en diferentes países.

Según se nota, parece que un 30 por 100 de las vías férreas se halla bajo la administración del Gobierno: 107,746 millas en Europa, 36,365 en Asia, tres quintas partes de la cifra que corresponde a Africa y 18,036 de las 19,275 que tiene la Australasia.

Digno de nota es que en la Gran Bretaña los ferrocarriles son explotados por Compañías particulares; pero en todas las colonias británicas del Asia, Africa y Australasia se hallan administrados por el Gobierno. El Canadá tiene bajo su dirección 1,718 millas de un total de 24,731.

CAROLINA INVERNIZIO

Y antes de cerrar los ojos para siempre, la pobre madre asió con una especie de angustia la mano de su amigo, y, haciendo un esfuerzo violento dijo: Te recomiendo mi hija, Jurame que será esposa de Adriano.

Te lo juro. En el rostro de la moribunda se reflejó un inefable contento. Pero después que sus mejillas se tornaron lívidas, la sofocación aumentó y pocos minutos después Bice expiraba entre los brazos de Chiara y los de Pierina, cuya desesperación ya no tenía límites.

La señora Baravalle estuvo unos días al lado de la muchacha, temiendo que aquella fuerte impresión la enfermara.

Pero, la juventud suele triunfar siempre, y Pierina no tardó en recobrar todas sus facultades; únicamente le quedó una palidez en el rostro y una inquietud tan extraña en los ojos que

Esta, en un testamento dejado por la joven y cumpliría su misión con conciencia y escrúpulo.

El juramento hecho a la amiga moribunda no lo dejaría de cumplir, salvo el caso de que su hijo o Pierina se opusiesen restreitamente a aquella unión. Pero Adriano no tenía otra voluntad que la suya; Pierina ya le amaba como una hija y vivía feliz llamándola madre.

La señora Baravalle no desesperaba, pues, del porvenir; mas fué preciso que por algún tiempo se separase de la muchacha. El viejo labriego vivía aún; pero el médico había dicho que viviría muy pocos meses.

—Nos escribiremos con frecuencia— dijo la joven a Chiara—; la diré todo cuanto me suceda. Y cuando padre Bisto haya muerto, iré al lado de usted para no separarnos más.

—Si, hija mía, sí. Y así sucedió. Pero su separación duró más de lo que creían, y el mayor consuelo durante este tiempo Chiara y Pierina lo encontraron en un cambio de cartas afectuosas, dulcísimas, llenas las unas de gracia infantil, de juven-

tud, y las otras de gravedad y de ternura de madre. Después, un día Pierina anunció a la señora Baravalle la muerte de aquel viejo que la había amado y protegido durante tantos años, y la anunció su marcha inmediata a Turín.

Chiara experimentó una vivísima alegría; pero, habiendo transcurrido un mes sin que la joven compareciese y no recibiendo tampoco de ella carta alguna, iba a ir en persona a buscarla, cuando un telegrama fechado en Génova le llevó la grata noticia de que Pierina se había puesto en camino. Y nosotros ya sabemos el efecto que su aparición produjo en Adriano, el cual creyó tener en su presencia a la joven que se halló sepultada en la nieve en el Valentino.

—Si así, sería esta la que tendría un triste fin; pero no pienses más en ella; esto que a esta hora se sabe por la gracia infantil y por el angelical semblante de Pierina, había desechado por completo de tu mente la imagen de la otra. Y te recomiendo, Adriano, que lo ocultas todo a tu prometida tanto más cuanto Pierina no conoce a las que duelen.

VII
El joven no tardó en reponerse de su turbación, en recobrar su presencia de ánimo y en mostrarse amable y desenvuelto con la muchacha.

Esta respondió con timidez, ruborizándose cada vez que la mirada de Adriano se encontraba con la suya.

Pero en breve pareció libre de toda sujeción y con su conversación demostró que tenía un talento grande y sentimientos exquisitos, delicadísimos.

Chiara sonreía viendo brillar en los ojos de su hijo una vivísima alegría, un franco entusiasmo.

Los deliciosos proyectos forjados para Adriano iba a realizarse; la tristeza de éste desaparecía; Pierina disfrutaría de aquel delicioso porvenir que tenía merecido.

—¡Oh, si Bice pudiese verles!—pensó, conmoviéndose repentinamente.

Pierina, al anochecer, se retiró a su alcoba, diciendo que estaba cansada del viaje.

Adriano se quedó solo con su madre.

—¿Qué piensas de tu prometida?—le preguntó la señora Baravalle sonriendo.

—Que es el ángel que tú me habías descrito y que unido a ella será el hombre más feliz del mundo.

—Así ¿no tendrás necesidad de violentarte para casarte con ella?

—¡Oh, no, mamá, y cuanto más pronto sea, mejor!

Chiara estrechó a su hijo contra su pecho.

—Querido Adriano, ¡si tú supieses cuánta alegría me producen tus palabras!... Sin embargo, cuando Pierina entró en esta habitación y tú retrocediste pálido, extraviado, creí que su presencia te producía disgusto.

El joven se estremeció; una ligera palidez se extendió por su rostro.

—No; es que su presencia me sorprendió porque creí tener delante a una muerta.

—¿Una muerta?

—Sí, madre mía, y ahora sé quién era la desgraciada que fue encontrada bajo la nieve el primer día de Cuaresma al lado de nuestra Escuela.

Chiara miraba a su hijo con sorpresa; no le comprendía.

Adriano la hizo sentar a su lado y francamente la relató cuanto hasta entonces la había callado: el hallazgo del cadáver de *Diabolina*, la extraña impresión que le produjo aquella muerta desconocida, todas las fases de su pasión loca, insensata, por aquel rubio fantasma que él veía continuamente ante sí en cada rincón de la Escuela.

—Figúrate mi sorpresa, mamá—concluyó el joven—, viendo en Pierina la imagen viviente de aquella desventurada. Pero, recordando la extraña aven-

tura de tu poble amiga, comprendí que la muerta era aquella pobre Nini que durante tantos años usurpó el puesto a la hija de Bice.

—Sí, sí, sería ella; ya te dije yo que tendría un triste fin; pero no pensemos más en ella; creo que a esta hora, subyugado por la gracia infantil y por el angelical semblante de Pierina, habrás desechado por completo de tu mente la imagen de la otra. Y te recomiendo, Adriano, que lo ocultes todo a tu prometida, tanto más cuanto Pierina no conoce a la que quería robarle el nombre y la fortuna y tantas lágrimas hizo verter a su madre.

—No la diré nada, te lo aseguro; no quiero causar el menor disgusto a ese ángel que va a crearme una vida nueva, un paraíso en la tierra.

Solo en su habitación, Adriano quitó de la mesita el estuche que contenía el cabello de la muerta.

—Estaba loco cuando perdía la cabeza detrás de aquel fantasma que no merecía seguramente un recuerdo—murmuró—; el médico tenía razón; era una desventurada que fué castigada por alguno de sus amantes y sería indigno de mí que conservase su recuerdo.

Había abierto el estuche con el propósito de sacar la trenza y arrojarla al fuego.

Pero al cogerla sintió una emoción dolorosa que le oprimió el corazón.

Se había puesto palidísimo; tenía el rostro contraído.

—No, no puedo—murmuró—; este sentimiento es superior a mí.

Cerró de nuevo el estuche, lo ocultó en el fondo de un cajón y presa de una profunda melancolía pasó a su alcoba.

Y aquella misma noche soñó con la muerta y le pareció que la veía inclinarse hacia él, mirarle con sus grandes ojos celestes humedecidos en lágrimas y decirle con una voz que parecía venir de lejos, ya que los labios de ella permanecían inmóviles, mudos:

—¿No sabes que me pertenesces a mí sola para siempre?

Adriano despertóse a causa de la emoción y tardó un rato en desechar la impresión de aquel ensueño penoso.

Y por la mañana estaba tan abatido que cuando se encontró con su madre y con Pierina en el comedor, ésta le preguntó dulcemente:

—¿Se encuentra usted enfermo?

—No; ¿por qué?

—Le veo tan pálido..

Chiara intervino.

—Ya sé lo que tiene—dijo sonriendo—; teme no ser bastante digno de tí, hija mía, no poderte hacer tan feliz como mereces.

Las mejillas de Pierina se colorearon y centellearon sus ojos.

—¡Oh! No diga eso; más bien soy yo la que he de temer no encarnar el ideal soñado por Adriano.

Pierina no terminó; el joven se había acercado a ella profundamente conmovido y, asiéndola una mano, exclamó:

—No sabe, Pierina, que la adoro y que ninguna mujer ha hecho latir mi corazón como late por usted en este momento?

La mano de la joven temblaba entre las suyas.

El prosiguió:

--Dios es testigo de mi promesa de consagrarla toda la vida si usted consiente en ser mi esposa.

Por las mejillas de Pierina corrían las lágrimas.

--Este es el voto más ardiente de su mamá--dijo--, fué siempre el deseo de aquella santa que me dió el ser y ha sido el más caro sueño de mi niñez; ni en medio de los dolores he desechado el recuerdo de usted y aunque ya casi había perdido la esperanza de conocerle, no le he olvidado nunca.

Adriano la escuchaba estático, estrechando con ternura la manita que tenía entre las suyas.

--No puede imaginarse el bien que me hace en este instante--exclamó embriagado-- . Gracias, Pierina, gracias. Me parece que no merezco la felicidad de poseer un corazón como el de usted. Pero aquí, delante de mi madre, nuevamente le juro dedicarle toda mi vida.

Chiara, silenciosa y contenta, dirigía a sus hijos conmovidas miradas.

Aquel mismo día se fijó el matrimonio para primeros de Noviembre. A Adriano le parecía largo aquel plazo de ocho meses.

Pero su madre le dijo alegremente:

--Es preciso preparar un nido digno de la esposa y de los hijos que vendrán; entretanto, los dos os conoceréis mejor y os amaréis más.

Pierina no hizo ninguna objeción; parecía muy conmovida.

La joven pidió después permiso para retirarse a su alcoba y cuando, encerrada en ella, se dejó caer en una poltrona, llevándose las manos al pecho exclamó:

--¡Amada por él! ¿No sueño? ¿Seré verdaderamente suya?

Levantó el bello rostro, que había palidecido; en los ojos se reflejaba una alegría vivísima.

--Temía que no le quisiese--dijo a media voz-- . ¡Si supiese cuánto he hecho por llegar a él! ¡No, no me seduce la riqueza ni el nombre!...

Se interrumpió porque un pensamiento importuno la causaba una emoción penosa.

Se quitó el vestido y el corsé y pareció respirar más libremente.

Vista así, medio desnuda, con la cabeza echada para atrás, los ojos ardientes, los labios entreabiertos, parecía más bien una bacante presa de una desenfrenada pasión que una muchacha ingenua, criada en el campo y sin ninguna experiencia de la vida.

Si Adriano y su madre hubiesen podido echar una mirada en aquella estancia, habrían experimentado seguramente un sentimiento de estupor, de repulsión.

Pierina permaneció unos minutos en aquella posición; después, repentinamente, se levantó y se puso a pasear por la estancia. La alfombra amortiguaba el rumor de sus nerviosos pasos.

--Tiene razón Adriano--murmuraba--; ocho meses son muy lar-

gos, especialmente para mí; tengo miedo, me parece que algo inesperado ha de aguardarme en el umbral de la felicidad...

Sacudió la cabeza bruscamente y su entrecejo se frunció; en los labios tenía una sonrisa amarga.

—Soy una loca desesperando ahora que lo más difícil está hecho—murmuró—. En el peor de los casos, disfrutaré por algún tiempo una vida de embriaguez a su lado.

El rostro se le volvió a tornar radiante y, tendiendo los brazos con un gesto apasionado, como si tuviese al joven delante, exclamó:

—¡Te amo, te amo, Adriano!

El día siguiente estaba completamente tranquila y ofreció, ruborizándose, la frente al puro beso de su prometido.

Las semanas, los meses transcurrieron rápidos para los dos jóvenes, ocupados por completo en su amor, en sus felices sueños sobre el porvenir.

La señora Baravalle estaba continuamente en movimiento para preparar el vasto y suntuoso piso que había tomado para ella y para los esposos en la vía del Arsenal. Quería arregiarlo todo ella y con frecuencia pasaba en la calle días enteros, dejando a Pierina el gobierno de la casa.

Adriano continuaba frecuentando la Escuela, cursando el último año; pero ya aguardaba con impaciencia los exámenes, no sólo para acabar los estudios, que ya no eran para él el único atractivo, sino también para vencer aquella fascinación que a su pesar le atraía a la sala donde su agitada fantasía continuaba mostrándole la sombra de la muerta, no ya sonriente como antes, sino sinestra, amenzadora, sonriente....

Y únicamente la presencia de Pierina desvanecía de su mente la triste visión, que le oprímia como un remordimiento.

Una mañana la joven estaba sola en la casa con una camarera, cuando un fuerte campanillazo hizo correr a ésta a la puerta.

—Será la modista—dijo.

Era una mujer mal vestida, con el rostro deformado por gruesas y profundas cicatrices de viruela.

—¿Qué desea?—le preguntó ásperamente la camarera.

—¿No es aquí donde habita la señora Baravalle?

—Sí; pero no está en casa.

—Ni yo quiero hablar con ella, sino con la prometida del señorito Adriano.

—A esta hora no recibe.

—Aviséla; dígame que vengo de Génova expresamente a verla y que la he conocido en casa de su nodriza.

La camarera, aunque de mala gana, fué a dar el recado.

Pierina, al escuchar a su camarera, se puso lívida; pero no pensó cerrar la puerta a la visitante.

—¡Introdúcela aquí—dijo—; quizás se trate de alguna pobre mujer que necesite socorro.

La camarera salió.

Pierina se había levantado presa de viva emoción; pero su inquietud se disipó al aparecer la mujer, que avanzaba, casi temerosa, detrás de la camarera.

No la conocía.

—Perdone, señorita, si la molesto—dijo la mujer mirando avidamente a la joven—; pero tenía necesidad de hablarla.

—Siéntese—dijo Pierina con calma, indicando una silla a la visitante.

Y sentóse enfrente de ella.

La camarera retiróse, cerrando la puerta.

—No me reconoces, ¿eh?—dijo entonces la mujer en tono confidencial—. ¿Tu corazón no te dice nada a favor mío?

En las situaciones críticas de la vida las mujeres suelen ser más fuertes que los hombres; saben dominar sus emociones y conservar un rostro impassible. Así sucedió a Pierina.

Aunque se encontrase desconcertada por la repentina familiaridad de aquella desconocida, nada en ella descubrió, la sorpresa el terror.

—No comprendo lo que quiere decir—exclamó.

—Porque aun no he pronunciado mi nombre; soy Rosetta Arandi, tu madre.

Aunque livida como un cadáver, con el cuerpo agitado por un temblor nervioso, Pierina tuvo un gesto de indignación, un relámpago de cólera brilló en sus ojos.

—¿Mi madre usted? Está loca; yo no he oído nunca pronunciar su nombre. Mi pobre madre ha muerto; se llamaba Bice Bonati.

La mujer prorrumpió en una carcajada llena de amargura.

—Te digo que eres mi hija. Es cierto que tu padre, Ernesto Bonati, era el marido de aquella Bice; pero yo tenía más derecho que ella a su cariño porque fui su primera amante y tú habías ya nacido cuando se casó.

Pierina hacía violentos esfuerzos para mantenerse tranquila.

—Yo nada comprendo de lo que me dice; nadie me ha hablado nunca de usted. Yo me llamo Pierina Bonati, repito; he nacido en Génova, donde perdí a mis padres, que me recomendaron al morir a la señora Baravalle, mi tutora y madre de mi prometido.

Se expresaba con tanta seguridad que Rosetta se sintió desconcertada.

—¿Es posible tanta semejanza entre las dos muchachas?—murmuraba—. Porque ésta tiene las facciones de mi hija, aquellos soberbios cabellos rubios, los mismos ojos azules.

Tuvo un acceso de tos nerviosa y espasmódica, y después agregó mirando siempre a Pierina y en un tono más respetuoso:

—Oiga: antes de venir aquí fui a Nervi, a buscar a los labriegos a quienes estaba confiada mi hija. No esperaba encontrarla allí, porque me parecía imposible que su padre no se hubiese cuidado de ella, de su porvenir; pero estaba segura de obtener alguna indicación. Pero cuando llegué allí encontré

la puerta de la casita cerrada y únicamente a fuerza de preguntas pude saber por una vieja del lugar que Bisto y Concetta habían muerto que la bella muchacha rubia que pasaba por hija de ellos y debía ser la mía se había alejado de aquellos lugares y que la herencia de los labriegos quedaba en poder de la justicia, puesto que nadie sabía dónde se encontraba el hijo de aquéllos. Decepcionada, me dirigí a Génova a buscar a Ernesto; empleé todos los medios que la mente me sugería y, finalmente, por un hombre que conocía a mi amante, supe que éste se había suicidado desesperado por la fuga de su hija; que Bice, después de la muerte de su marido, había ido en busca de ella y la había encontrado en el campo, cerca de Nervi; que allí se había establecido también la madre; pero que poco después murió, confiando su hija a una tal Chiara Baravalle, residente en Turín. Aquel hombre había enterado de todo por el notario de la familia Bonati. A pesar de estas explicaciones, yo me encontré en un gran embrollo; aquella muchacha que se había escapado o continuaba en Nervi, ¿era mi hija o la de Bice? ¿Se le había muerto a esta la hija y había adoptado la otra? Mi cabeza se extraviaba y comprendí que para resolver el extraño enigma no había otro remedio que llegar a usted, como lo he logrado. Ahora dígame si es posible que yo me engañe; su rostro me impresionó. Tiene usted los mismos ojos, iguales cabellos, idénticas facciones que su padre. ¡Sí, sí—repitió con vehemencia—, tú eres mi hija!

Pierina parecía haber adoptado una repentina resolución.

—Cálmese—dijo con acento triste—; usted ha sido engañada por una semejanza que ya me ha sido fatal. Lo que he de decirle le ha de ser penoso; pero es preciso que hable claro.

Y la joven le explicó cómo había sido sacrificada por su padre cuando era niña y cómo él fué más tarde castigado por la misma Nini.

—Era esa la muchacha que usted busca y que tanto se me asemeja, según dicen, porque yo no la he visto nunca ni deseo tampoco conocerla—agregó cubriéndose el rostro con las manos.

Rosetta parecía aplastada por el estupor; no decía palabra.

Pierina levantó bruscamente la cabeza.

—¿Duda aún?—preguntó con voz seca.

—Sí; no obstante, le será fácil convencerme.

—¿Cómo?

—Permitiéndome que le examine la nuca. Mi hija tiene una señal que yo sola conozco y que basta para que la distinga de cualquier otra por muy perfecta que la semejanza sea.

Mientras pronunciaba estas palabras la mujer se acercaba a Pierina.

Ésta se puso en pie bruscamente y retrocedió hasta la pared, mirando con ansiedad y espanto a Rosetta.

No me tocará usted—dijo con voz sorda—. ¡Es una insolente!

Rosetta sonreía irónicamente.

—¿No ves que te descubres a pesar tuyo? ¿No comprendes que sólo he

El viudo Inconsolable?

Anatolio Lestigaudols era un viudo inconsolable.

Su esposa había perecido en la catástrofe de la Ópera Cómica, a donde habían ido juntos en su último viaje a París.

¿Por qué le habían separado de su cara mitad? ¿Por qué? ¿Por qué?

Anatolio Lestigaudols debía su salvación a sí mismo, al paso que su pobre mujer dejaba de existir entre las llamas.

Anatolio había perdido su esposa, sin que le quedara el consuelo de llorar ante su tumba. Lloraba, sin embargo, ante sus amigos, ostentando su dolor en todas partes, en la calle, en el café, en los billares, y en otras distracciones inocentes que sus esposas no autorizaban jamás.

—¡Pobre Anatolio!—exclamaban las gentes.—Nada logra distraerle.

—¡Su dolor es un homenaje a la difunta!

Cierto día, sentado en una amplia y cómoda butaca, junto a la chimenea, y teniendo al lado su taza de café a medio tomar, fumaba Anatolio su pipa, dormitando, con el periódico de la localidad en la mano.

Abría a veces los ojos, suspiraba y contemplaba el retrato de su mujer, que estaba adosado a la pared.

¡Pobre Sidonia!

¿Qué habría dicho la infeliz si le hubiese visto adormilado y envuelto en una nube de humo, cuando le tenía terminantemente prohibido el uso del tabaco?

Pero, ¿cómo ha de ser! Esas son las pequeñas ventajitas de la viudez.

Sin temor de contrariar a su cara mitad, podía tomar café a todo pasto, holgar cuando lo tenía por conveniente y recrearse bebiendo toda clase de vinos y de licores.

De pronto oyó Anatolio un ruido extraño, acompañado de una voz conocida.

Incorporóse el buen hombre sobresaltado.

—¡Anatolio, mi querido Anatolio!

La señora Lestigaudols en carne y hueso cae en sus brazos, mientras Anatolio, aterrado por la sorpresa, deja caer su pipa al suelo.

—¿Pero no habías muerto, Sidonia?

—No, pero antes que yo perecí en la catástrofe.

La supuesta víctima no había perecido en la catástrofe, arrastrada por el oleaje de los fugitivos, que les había separado, habiase encontrado en la calle, donde no tardó en caer desmayada.

da sobre el pavimento.

Y lo peor del caso es que al recobrar el conocimiento la violenta conmoción que había experimentado le había hecho perder la memoria. No se acordaba de nada, ni de la dirección de su casa, ni de su nombre, ni del de su marido, y durante un año había estado a las órdenes de un médico que se había empeñado en asistirle y en curarle de un modo definitivo.

—No tenía noción de nada, como un niño recién nacido.

—Vaya. Este es un caso de amnesia, semejante a uno por el estilo que lei ayer en mi periódico.

—De pronto recobré la memoria y dije a mi médico que desaba sorprenderte inmediatamente.

—Te he llorado tanto, que hasta han llegado a llamarme el viudo inconsolable.

—Muchas gracias. Pero en esta casa todo debe andar manga por hombro.

—No lo creas.

—Eladía no está en la cocina y he entrado aquí como don Pedro por su calle.

—No tiene Eladía la culpa, porque...

—¡Tú siempre disculpando a las criadas!

—Al contrario, y la prueba es que la he despedido.

—¿Has despedido a Eladía?

—Sí.

—¿Hace veinte años que la tenía a mi servicio! ¿Vaya una manera de respetar mi memorial! ¿Y quién la ha reemplazado?

—Una criada cualquiera.

—¿Cómo se llama?

—Margarita.

—¿Es joven?

—Sí.

—¿Qué edad tienes.

—Veinte años.

—Anatolio, te has puesto encarnado.

—Estás loca, Sidonia!

—¿No te faltaba más que insultarme después de haberme olvidado! ¿Has pensado quién eres en volverte a casar?

—Vivo demasiado tranquilo para que pueda ocurrírseme semejante tontería.

—¿Conque vives tranquilo! ¿Según eso, no te hacía yo maldita la falta! ¿Sientes que no me haya muerto de veras para poder consagrarte por entero a todo género de vicios?

Anatolio se sentía sin fuerzas para protestar.

Lo que más le aterraba era la idea de perder su notoriedad de viudo inconsolable.

Decentamente no podría lidiar con adelante a su encontrada esposa. Por el contrario, tendría que mostrar en todas partes su alegría, una alegría que guardara la debida proporción con su dolor.

—¡Qué contento estoy, Dios mío, qué contento estoy!—exclamaba a cada momento.

Pero, francamente, su aspecto no revelaba que lo estuviese en realidad.

Sidonia había quitado de la mesa, el tabaco, los licores, y las llaves. Además, trataba de despedir enseguida a la nueva criada, para llamar inmediatamente a Eladja a su servicio.

Anatolio presenciaba todo aquello poseído de indescriptible terror, repitiendo, sin embargo, en voz baja:

—¡Qué contento estoy, Dios mío, qué contento estoy!

La comida fué en extremo triste. La señora, que era vegetariana, había dispuesto que se sirviese un plato de coles y otro de espinacas y que el agua hervida sustituyese al rico Burdeos que Anatolio había adquirido la costumbre de beber.

—Tú no has debido comer nada de esto durante mi ausencia, sin tener en cuenta que las espinacas son la cataplasma del estómago.

Y le sirvió una enorme ración de espinacas.

Anatolio era un hombre en extremo pací-

fico; pero aquella ironía fué la gota de agua que hizo derramar el vaso.

Poseído de la mayor indignación, cogió la cataplasma y se la arrojó a la cara a su mujer.

—¡Ah, miserable!

—¡El señor acaba de romper la azucarera!

—exclamó Margarita al entrar en el comedor.

Anatolio Vestigandole despertose sobre saltado y miró con asombro los trozos de porcelana, el periódico que se le había caído al suelo, su media taza de café, su pipa apagada y el retrato de su difunta esposa.

—¡Qué susto me ha dado mi mujer!

—¡Pobre señor!—exclamó la criada.—¡Has ta en sueños piensa en ella!

Y acto continuo fué a referir a las vecinas del barrio lo que acababa de ocurrir.

—¡Pobre hombre! ¡Le mata la pena!

—¡No se consolará jamás!

El viudo inconsolable no tardó en recobrar su serenidad habitual. Había soñado a consecuencia del caso de amnesia de que le había enterado su periódico el día anterior.

Apuró Anatolio su media taza de café, encendió su pipa, recogió del suelo su periódico y, dirigiendo una mirada al inmóvil retrato de Sidonia, murmuró lanzando un profundo suspiro:

—¡Dios mío, qué miedo tan grande he tenido!

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

DE PROVINCIAS

Cuestiones obreras.—Remolcador a pique.

Madrid, 16 Octubre.

Cornua.—Entre los comerciantes se ha acordado el armisticio para discutir las proposiciones de los huelguistas. El trabajo de descarga no se ha suspendido.

Almería.—Los pañaderos se han declarado en huelga.

Ferrol.—Los remachadores han vuelto al trabajo por haber admitido la Empresa al obrero despedido.

Bilbao.—Cerca de Plencia hundióse el remolcador *Andrés*. Salvóse la tripulación.

El alcance del indulto.

Cádiz.—El alcalde ha recibido el siguiente telegrama del señor Canalejas: "El Gobierno no está dispuesto a conceder, como no ha concedido ya desde hace muchos años, indultos generales a los reos por delitos comunes. Nada tiene que ver"

centenario ni cualquier hecho análogo con la concesión de gracia. En cambio, a los más jóvenes o más viejos, a los que mostraron ciertas condiciones de arrepentimiento, a los que trabajaron en el Dueso, como a los que vinieron de Ceuta siendo libertos, a los puertorriqueños o cubanos sentenciados antes de la pérdida de las colonias, llegará o ha llegado el indulto, sin perjuicio de los indultos individuales que constantemente se conceden.»

Intento de plante.—Indultos.

Orense.—Los presos del correccional hicieron un conato de planta, fundados en la falta de limpieza e higiene de las celdas. El alcalde y el gobernador visitaron el penal y adoptaron las medidas oportunas para mejorar las condiciones del mismo.

Oadiz.—Han sido indultados seis penados de Ceuta; uno de ellos estaba sentenciado por ase inato a cinco cadenas perpetuas.

Accidente fatal.—De Bilbao.

Irún.—Vinendo de Francia en automóvil el argentino Echevarría, mató a una niña de seis años llamada Irene Rinco. Ha sido detenido el chofer. El juzgado incautóse del automóvil.

Bilbao.—Los alumnos de la Escuela de Ingenieros Industriales se sumarán a la protesta de sus compañeros si el Gobierno no resuelve favorablemente el pleito antes del día 25.

El magistrado don Angel Rancano al arrojarse del tranvía para recoger su sombrero se cayó, fracturándose el hueso frontal. Está gravísimo.

EXTRANJERO.

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

Nuevo presidente.

Paris 16 (11'6).

La policía, los marinos y los soldados de Veracruz, de acuerdo con los insurgentes, elevando a la presidencia a Félix Díaz, sobrino del antiguo presidente Díaz. Esta mañana, a primera hora, entró el nuevo presidente con un pequeño grupo de partidarios, apoderándose de todas las dependencias del Gobierno. Los habitantes aceptaron con entusiasmo la presidencia de Díaz.

Toma del monte Murisch.

Paris, 16 (11'6).

Pogoritza.—Los montenegrinos ocuparon hoy, después de un corto encuentro, la posición fortificada del monte Murisch, frente a Tarabosh.

Chicago.—Según resultado de nuevo examen médico, el señor Roosevelt tiene fracturada la cuarta costilla derecha.

La toma de Agadir.

Paris, 17 (6'50).

Le Journal publica un telegrama de Rabat diciendo que Lyautey está ultimando los detalles para proceder a la ocupación de Agadir y que está reuniendo todos los elementos necesarios para la toma de dicha posición.

Rumores.—Movilización de fuerzas.

Paris, 17 (6'50).

Dícese que circula el rumor de que se temen nuevas matanzas de cristianos, según sea la actitud que adopten las potencias en Turquía.

Constantinopla.—Las divisiones de Crzeroum, Erzindjau, Barboust, que se hallaban en la frontera rusa, han recibido órdenes de movilización.

Rompimiento de hostilidades.

Paris, 17 (10'12)

Constantinople. —Esta mañana se han roto las hostilidades en las fronteras búlgara y servia.

ULTIMOS PARTES

La «Gaceta».

Madrid, 17 Octubre (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Decretos de Gobernación, Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda e Instrucción pública transmitidos ya.

Entre ellos está uno concediendo el título de ciudad a la villa de Alcanar (Tarragona).

Real orden disponiendo se accione al párrafo 2.º del artículo 44 del real decreto de 27 de Septiembre último reorganizando la enseñanza mercantil una aclaración que publica hoy la *Gaceta*.

Autorizando la validez de la matrícula del primer curso de la enseñanza de Veterinaria, aunque no se ajusten estrictamente a las condiciones del real decreto de 27 de Septiembre último.

Trasladando a la cátedra de Matemáticas del Instituto de Baleares a don Gabriel Artal, que desempeña esta asignatura en la de Soria, y trasladando al de Orense a don Francisco González García, actual catedrático de Figueras.

Desestimando instancia de varios aspirantes a ingreso en el Cuerpo de inspectores de primera enseñanza que no obtuvieron plaza en las últimas oposiciones, solicitando ampliación del número de plazas.

Disponiendo se dé cumplimiento al auto dictado por la Sala de lo Contencioso-administrativo del Tribunal Supremo, en pleito promovido por la Sociedad La Marítima, Compañía mahonesa de vapores, contra la real orden de 18 de Julio último por la cual se aprobaron definitivamente las tarifas de máxima percepción de dicha Compañía para 1912.

Manifiesto de los ferroviarios.

El Comité Nacional de la Unión Ferroviaria ha dirigido un manifiesto al país para someter a su sereno juicio la conducta de los ferroviarios y la de los gobernantes.

Dice que el proyecto de ley presentado a las Cortes no contiene absolutamente nada de lo que solemnemente ofreció el señor Canalejas con su firma.

Se da como solución para los conflictos la variedad del tribunal arbitral, y, en cambio, con gran claridad se establece la penalidad en que incurrirán los ferroviarios que vayan a la huelga.

Dice que a la torpe conducta del Gobierno la Federación responde ahora que hará cuanto pueda para impedir la aprobación de esa ley que pretende someter a los ferroviarios a las exigencias explotadoras de las Compañías.

Añade que si se diese el absurdo caso de que la ley se aprobara, los ferroviarios continuarían la labor con más fe y más entusiasmo.

Dice, por último, que, en mayor o menor plazo, los ferroviarios serán los triunfadores, porque tienen la razón, la justicia y la fuerza, de la cual harán uso cuando les convenga, aunque se pretenda aprobar leyes que lo impidan.

De regreso. — Los ferroviarios de Almería.

El señor Montero Ríos regresará a Madrid el domingo próximo.

Almería. — Los ferroviarios han estado reunidos cinco horas y acordaron persistir en la huelga con la promesa de que les secundarán los andaluces.

Los representantes de Málaga que han asistido al acto para enterarse del estado del conflicto atacaron al señor Canalejas por la forma en que ha intervenido en la huelga.

Bolsin mañana.

Interior, 84'00 papel; Nortes, 98'00 papel; Alicante, 95'00 papel; Orenses, 25'30 dinero; Banco Hispano Colonial, 65'00 dinero; Andaluces, 64'95 operaciones.